

ISSN: 2683-3247

HUMANITAS

REVISTA DE TEORÍA, CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

Vol. 6 Núm. 11 Julio-Diciembre 2026



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CENTRO DE
ESTUDIOS
HUMANÍSTICOS

Humanitas

Revista de Teoría, Crítica y Estudios Literarios

El vicio social de la moda en personajes literarios femeninos

The Social Vice of Fashion in Female Literary Characters

Jesús Alberto Leyva Ortiz

orcid.org/0000-0002-8892-7446

Mónica Cázares Castillo

orcid.org/0000-0001-7047-3522

Benemérita y Centenaria Escuela Normal del
Estado de San Luis Potosí
San Luis Potosí, México

Fecha entrega: 30-10-2025

Fecha aceptación: 10-07-2026

Editor: Roberto Kaput González Santos. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

Copyright: © 2026, Leyva, Jesús Alberto. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/revistahumanitas6.11-142>

Email: jleyva@beceneslp.edu.mx mcazares@beceneslp.edu.mx

El vicio social de la moda en personajes literarios femeninos

The Social Vice of Fashion in Female Literary Characters

Jesús Alberto Leyva Ortiz
Benemérita y Centenaria Escuela Normal del
Estado de San Luis Potosí
San Luis Potosí, México
jleyva@beceneslp.edu.mx

Mónica Cázares Castillo
Benemérita y Centenaria Escuela Normal del
Estado de San Luis Potosí
San Luis Potosí, México
mcazares@beceneslp.edu.mx

Resumen: Este trabajo introduce al lector en la vida cotidiana del pasado y muestra percepciones y aspectos del imaginario del mundo femenino. A través de la novela latinoamericana de finales del siglo XIX —tanto mexicana como sudamericana—, se aporta al estudio de la historia cultural, en particular de aquellas obras que nos acercan a las costumbres y las prácticas de una época; mediante ellas es posible obtener información que da cuenta de la realidad abstracta de una sociedad, es decir, de aquella dimensión que representa sus pensamientos, creencias, opiniones, preocupaciones, valores y actitudes. Las novelas realistas con detalles costumbristas de las que se ocupa este texto —fieles muestras literarias de las últimas décadas decimonónicas— se caracterizan por observar la realidad con minuciosidad y captar de ella momentos precisos: retratos de tradiciones y modos de vida como el habla, la vestimenta y las costumbres en general. De su legado literario es posible también acercarse a la vida privada de familias

y personajes que emulan referentes reales, y obtener así una noción del acontecer cotidiano en el ámbito íntimo. Para aproximarse a esa intimidad cotidiana y a la realidad abstracta que la sustenta, este trabajo emplea la metodología de las representaciones. El mundo de las representaciones se materializa en objetos, expresiones, artefactos, acciones y acontecimientos que contienen un significado denominado formas simbólicas. “Todo puede servir como soporte simbólico de significados culturales: no solo la cadena fónica o la escritura, sino también los modos de comportamiento, prácticas sociales, usos y costumbres, vestido, alimentación” (Giménez 68). El escritor literario va más allá de las palabras que describen cosas o sujetos: emplea similitudes y analogías de la realidad abstracta para que las palabras adquieran una dimensión simbólica que articule un lenguaje, un conocimiento y, en suma, la realidad humana.

Palabras clave: moda, mujeres, realidad, novelas, cuerpo.

Abstract: This work introduces the reader to the everyday life of the past and reveals perceptions and aspects of the imaginary of the feminine world. Through the Latin American novel of the late nineteenth century—both Mexican and South American—, it contributes to the study of cultural history, particularly those works that bring us closer to the customs and practices of an era; through them, it is possible to obtain information that reflects the abstract reality of a society, that is, the dimension that represents its thoughts, beliefs, opinions, concerns, values, and attitudes. The realist novels with costumbrista detail examined in this text—faithful literary expressions of the final decades of the nineteenth century—are characterized by their meticulous observation of reality and their capacity to capture precise moments from it: portraits of traditions and ways of life such as speech, dress, and customs in general. From their literary legacy, it is also possible to gain insight into the private lives of families and characters that emulate real-world referents, thus offering a glimpse into everyday life in its most intimate sphere. To approach that everyday intimacy and the abstract reality that underlies it, this work employs the methodology of representations. The world of representations is materialized in objects, expressions, artifacts, actions, and events that contain a meaning known as symbolic forms. “Everything can serve as a symbolic support for cultural meanings: not only the phonetic chain or writing, but also modes of behavior, social practices, customs, dress, and food” (Giménez 68). The literary writer goes beyond words that merely describe things or subjects: he or she employs similarities and analogies drawn from abstract reality so that words acquire a symbolic dimension that articulates a language, a body of knowledge, and, ultimately, human reality.

Keywords: fashion, women, reality, novels, body.

Cinco novelas decimonónicas y la teoría de las representaciones

Este documento pretende, a través de las representaciones, identificar una constante preocupación entre la sociedad decimonónica del último tercio del siglo XIX: la fragilidad del cuerpo femenino ante la presión social por alcanzar los estilos de vida que demandaban el consumo de la moda y que identificaban como un vicio social cuyas consecuencias atraían los riesgos morales que arruinarían sus vidas.

El ejercicio interpretativo para evidenciar estas representaciones, se hizo a partir de tres novelas mexicanas: *La Calandria* (1891) de Rafael Delgado, *Los fuereños* (1883) de José Tomás de Cuéllar, *Luisa o San Luis Potosí desde 1858 hasta 1860* (1865) de Francisco de Paula Palomo; y dos novelas sudamericanas: *Memorias póstumas de Brás Cubas* (1881) del brasileño Joaquim Maria Machado de Assis y *Blanca Sol* (1889) de la peruana Mercedes Cabello de Carbonera.

La selección responde a que en esas obras existen personajes femeninos que —motivadas por escalar socialmente, movidas por el deseo de pertenecer a una clase social acomodada, atraídas por la moda, la elegancia y el nivel adquisitivo que satisfaga su vanidad— se ven envueltas en una serie de malas decisiones que afectan sus propias vidas. Sufren desamor, desprestigio, deshonor, despilfarro; y, a causa de ello, taras sociales como pobreza, prostitución, enfermedad y suicidio.

La idea de abordar el estudio de sus personajes femeninos, se plantea con la finalidad de identificar el vicio social de vestir a la moda, relacionado con el cuerpo y los medios de los que se valen

para conseguirlo, atentando incluso contra su propio bienestar y el de sus cercanos. Esta manera de actuar se presenta como un fenómeno coincidente en las narrativas que comprenden toda la segunda mitad del siglo XIX; además, no es privativo de un país en específico, sino que se extiende por el continente latinoamericano y es expresado en las historias contadas.

El interés por cuerpo como paradigma teórico, en la literatura, responde a la relevancia que éste ha tenido como precepto cultural que contiene connotaciones: por un lado, físicas, que lo relaciona con un espacio y con otros individuos, pues es el objeto con el que se experimenta la vida misma; por otro, lo envuelve un manto de simbolismo ligado a las ideas, discursos, pensamientos, sentimientos, pasiones y deseos. El cuerpo en efecto, materializa los deseos, manifiesta la pasión y el amor, es el medio de comunicación no verbal con el mundo, es un modo de expresión que conecta con los sentidos y se expresa con la otredad (Vivero 23-43).

Los personajes femeninos: sus cuerpos, un prototipo de deseos

Cándida Vivero (2010) sostiene que el cuerpo se erige como un concepto teórico-metodológico que explica las estructuras, el lenguaje y los temas presentes en los textos escritos principalmente por mujeres. Para lograr dicho objetivo, se debe tomar en cuenta “las dimensiones sociales y los factores que determinan el uso del lenguaje, y los ideales culturales que dan forma a los comportamientos lingüísticos” (29); es decir, que el espacio cultural del autor determina la forma en que se aborda el tema del cuerpo desde distintos enfoques. Según la autora, aun cuando sea la voz de

una escritora la que se expresa, siempre se evidenciará detrás de ella la tradición masculina, simultáneamente con la femenina:

La diferencia de la escritura femenina solo puede ser entendida en términos de la relación cultural compleja que está enraizada en la historia. La estructura dominante, por lo tanto, determina en muchas ocasiones las estructuras silenciadas; sin embargo, aún por medio de las primeras, las segundas pueden manifestar de manera directa su experiencia tanto política como social y económica. Para Showalter, la teoría literaria feminista debe entonces enfocar su interés en el estudio de esa relación entre la identidad literaria femenina y el campo cultural en donde se insertan las autoras. (Vivero 30)

De tal forma, se debe entender entonces un contexto cultural donde se sabe que la época decimonónica se caracterizó por una influencia patriarcal, donde la figura relevante en los ámbitos públicos y privados, era la masculina. Sin embargo, la percepción de que en un texto literario siempre existirá la voz masculina detrás de la femenina, es una aseveración que debiera tomarse con cuidado; puesto que, si bien se entiende como una sociedad predominantemente patriarcal, es también, en la segunda mitad del siglo XIX donde las mujeres comienzan a participar más en el ámbito público, es decir, comienzan a deslindarse de alguna forma, del yugo patriarcal. La investigadora Ana Lidia García lo explica de este modo:

Sin embargo, a este intento de dominación sobre la mujer se oponen todas las fuerzas que desencadena la modernidad porfiriana; prueba de ello son los inicios del feminismo mexicano y la apertura educativa, profesional y laboral para muchas mujeres, pero también la sobreexplotación de muchas otras. A todos estos

problemas hay que añadir las diferencias de clase y de región que existen en el México decimonónico. (217)

Sobre lo anterior, se pueden citar algunos datos que argumentan la progresiva participación femenina en México: en 1886 se graduó la primera mujer dentista; a partir de este suceso, varias mujeres más se inscribieron en diversas facultades (Juvenal, “Charla de los Domingos”, 24 ene. 1886). Asimismo, las mujeres incursionaron en manifestaciones políticas a partir de la gran controversia que generaron las negociaciones de la reestructuración de la deuda inglesa que intentó hacer el presidente Manuel González en 1884 (Juvenal, “Charla de los Domingos”, 11 ene. 1885). A su vez, ocurrieron movimientos sindicales donde surgieron las primeras organizaciones femeninas entre costureras y tabacaleras.

Los ejemplos anteriores son una pequeña muestra de un fenómeno cultural que se irá replicando en toda Latinoamérica. La mujer buscaba un espacio donde ser reconocida, no igualarse al hombre, pero sí pertenecer activamente en la comunidad y ser valorada en una sociedad que buscaba la modernidad y el desarrollo.

En el ámbito literario, Mercedes Cabello de Carbonera ejemplifica esta progresiva participación femenina en el espacio público. Para este texto, representa la única muestra de una autora en contraste con los demás autores; sin embargo, su caso da cuenta de la incursión de la mujer en ámbitos fuera del privado, en convertirse en una mujer escritora y novelista, lo que la llevó a ser duramente criticada, sancionada, vejada, por la forma en que señala los vicios sociales que practicaron las mujeres de la época en *Blanca Sol*. Condenada por “pintar el mal con lodo y no con nieblas”, Cabello expresa su voz sin estar detrás de ella alguna voz

masculina, ni veladamente, ya que desde el prólogo, señala cómo la sociedad se encuentra sumida en vicios que son más admitidos, “y con frecuencia objeto de admiración y de estima” que sancionados.

Sobre esos llamados vicios, la autora Mercedes Cabello da relevancia al lujo, la adulación y la vanidad. Declara que este tipo de novelas, la novela social, tiene más importancia que las pasionales, ya que manifiesta una preocupación por la sociedad y la intención es moralizarla. Para la investigadora Ana Luisa García, en América Latina existe una versión de la moral en la segunda mitad del siglo XIX que argumenta así:

Para el análisis de la segunda mitad del siglo XIX Arron y Verena Radkau proponen el interesante concepto de marianismo (derivado de la Virgen María), versión latinoamericana de la moral victoriana que establece un culto a la domesticidad de la mujer y a la superioridad espiritual de la “naturaleza femenina”. A través del nuevo culto a la mujer se trata de justificar la separación del trabajo asalariado del doméstico y la subordinación de ésta. Es decir, tras el proceso de la Revolución Industrial, la ideología burguesa establece una clara diferenciación entre los mundos privado y público, entre el hogar y el lugar de trabajo, por lo que a la esfera doméstica se la convierte en un dominio femenino idealizado. (217)

El aporte de Mercedes Cabello de Carbonera viene a bien en el argumento de la coincidencia de las cinco novelas aquí presentadas, puesto que, separada de los autores masculinos, ofrece una historia similar a los demás, pues su protagonista está totalmente vinculada con el vicio del vestir a la moda, servirse de los hombres, quienes conscientemente acceden a cumplir sus deseos de bienes caros como alhajas, vestuarios, proveyéndola de lo que necesita y más.

Los personajes femeninos, protagonistas del vicio social de la moda

La novela de Cabello de Carbonera refiere a su personaje con el nombre de Blanca Sol, una mujer que sin tener una vida acaudalada, desde niña su madre le enseñó a vivir ostentosamente, sin importar las consecuencias para el capital empeñado. Le mostró artimañas para que hombres acaudalados le pudieran costear una vida lujosa.

Sin ser promiscua, Blanca supo llevar al extremo su coquetería para conseguir de los hombres, lo que más deseaba. “El objetivo de sus ambiciones de mujer a la moda [era] lucir, deslumbrar, ostentar, la única aspiración de su alma”. Pero no solo la mujer era la que manipulaba estas situaciones, los hombres se sabían utilizados, o bien, sabían que era necesario pagar con vestidos “todo lo que ella da en amor”. Un personaje varón de esta novela reflexionará: “nosotros rendimos homenaje más que a las virtudes, al lujo de las mujeres, y luego queremos que no sacrifiquen la virtud para alcanzar el lujo” (48).

Blanca vivía una continua ambivalencia de valores, unas veces compasiva y fiel, otras pérfidas y coqueta; con una moral elástica. Mercedes Cabello hace énfasis en esta doble moral que vivía la sociedad de su época. Blanca, con el fin de alcanzar los estilos de vida basados en la ostentación y el derroche, se casó con un hombre que, con base en el esfuerzo del padre de éste, tenía una considerable fortuna; suficiente razón para que Blanca viviera con él, pues era alguien que la llenaría de lujo, y así podría adornar su cuerpo y acrecentaría su belleza. Sin embargo, una vida de constante derroche tendría límites para las arcas que heredó su esposo.

Cuando llega, al fin, la ruina total del esposo, Blanca Sol siente una profunda desesperación, entre otras cosas, porque ya sin sirvientas ni nodrizas, ella debería servir, cuidar y amamantar a sus hijos. Sin tener ya de qué valerse económicamente —pues había perdido no solo los bienes materiales sino también a su esposo, quien había terminado en la locura—, Blanca Sol empeñaba su honor y su reputación: su coquetería había alimentado los malos juicios de la opinión pública. Al final doña Sol decidiría salir de la ruina y vivir a costa de su mayor tesoro, su propio cuerpo.

En *Los fuereños*, novela por entregas de José Tomás de Cuéllar, publicada en *El Diario del Hogar* entre mayo y junio de 1883, la familia Ramírez —compuesta por el padre, don Trinidad, la madre, Candelaria, y sus tres hijos, Gumersindo, Clara y Guadalupe— viaja a la capital de México en plena modernización. El estilo de vida de la gran ciudad los seduce y los desborda: Gumersindo y su hermana Clara quedan atrapados por los vicios urbanos; él se relaciona con prostitutas y ella se deja deslumbrar por la moda como vía de acceso a la alta sociedad. Así se expresa la autora Claudia Canales de los dos hermanos, en la presentación de la obra en la versión publicada por la UNAM:

Bastaron 3 o 4 días para que los jóvenes Ramírez perdieran el capital moral que habían acumulado durante su crianza en el campo [...] Así, mientras Gumersindo sucumbe a la carne perfumada y blanca (sobre todo blanca) de las prostitutas caras, Clara se transmuta en una mujer irreconocible con solo calzarse unos tacones franceses de cabritilla abrozada. (9)

Clara es el personaje femenino cuyo cuerpo quedará comprometido por la seducción del lujo y la moda. Ella se muestra

deseosa de una vida elegante y de formar parte de los círculos más altos de la sociedad mexicana. Esos sentimientos sobre la joven los explicita el narrador omnisciente, en un fragmento de la obra:

Cuando supo de los misterios del tocador y de la moda y desde que empezó a usar tacones altos y vestido angosto se imaginaba tener derecho a ingresar en el número de las mujeres elegantes de México, de quienes se había formado una idea casi novelesca, y era tal y tan viva esta tendencia que, desde que en el pueblo pudo formar parte de las pocas jóvenes que se vestían bien, comenzó a ser desdeñosa con su novio, que era uno de los charritos más apuestos de los alrededores (48).

Durante la incursión de Clara en la capital mexicana, al verse vestida a la moda como las otras mujeres capitalinas, llena de candidez, creería pertenecer ya a ese ámbito social; además, los tratos con el joven Manuelito, quien sería un personaje que formaría parte de la élite capitalina, le permitiría entender que estaría muy cerca de alcanzar un estatus privilegiado en dicha sociedad, cuando lo único que pretendía el joven varón era seducir a la incauta pueblerina, lo que el autor Tomás de Cuéllar hace entender que consiguió, aprovechándose de la inocencia de la fuereña.

Al final de la historia, la familia Ramírez regresará a su pueblo. Con ellos la joven Clara, entre lloros, también lo hará, pues ha perdido algo más que la oportunidad de convertirse en una dama de alta sociedad en la capital, ha perdido su candidez y la inocencia.

Quien no era nada inocente, como Clara, era Marcela, aquella mujer que Brás Cubas amó fervorosamente. En la novela *Memorias póstumas de Brás Cubas*, Machado de Assis la describe como una mujer “que no poseía ninguna inocencia rústica y apenas entendía la moral

de las normas” (63). Entre las principales aficiones de Marcela se encontraban el dinero y los jóvenes. Brás le demostró su ardiente amor al colmarla de lujosos y regalos que le pedía a cambio, “verla vestida de determinada manera, con tales y cuales adornos, este vestido y no aquél” (67); quería disfrutar de ese cuerpo que tanto deseaba; Marcela correspondió a su pasión “durante quince meses y once mil reales” (73).

La historia da un giro al final de corte naturalista, el infortunio aparece en ella y diezma la condición de salud como causa de un castigo divino. Marcela pagaría su pérvida vanidad e interés en lo material con una horrorosa enfermedad, cuyo mal destruiría su hermosura: le vino la viruela, lo que además le dio un aspecto de vejez precoz, destruyendo hasta las últimas de sus gracias físicas.

Perdidos los atributos físicos no había modo de lucir al parejo de los estándares de la sociedad, exigente y presuntuosa, ya no resultaría atractivo vestir elegante ni se obtendría notoriedad ni distinción. La preeminencia que la sociedad daba a la vestimenta tenía que ver con la forma en que la persona era tratada, ésta era una herramienta para escalar categorías sociales y para tener un buen matrimonio; ese cuerpo había que lucirlo, exhibirlo en su mayor esplendor para conseguir un buen partido para el casamiento, que costeara un elevado estilo de vida.

A propósito de esta búsqueda afanosa de las mujeres para conseguir un buen prospecto matrimonial, le sucedería a Carmen, mejor conocida como la Calandria, que sabiéndose atractiva y de buen porte se atrevió a desdeñar un pretendiente modesto tan solo por creer alcanzar a otro perteneciente a la alta sociedad. Calandria, en edad casadera, se entera que es hija ilegítima de un militar, hombre

adinerado de nombre Eduardo Ortiz, quien en su matrimonio también tiene una hija de su misma edad, y por azares del destino muy parecidas físicamente, eso la alienta a sentirse merecedora de un mejor estilo de vida.

La Calandria siempre añoraba tener la posición de su hermana para lucir igual que ella, elegante y distinguida; así en la historia que cuenta Rafael Delgado rechaza a un pretendiente de la clase trabajadora de nombre Gabriel, hijo de doña Pancha, hombre de oficio carpintero y honrado. En cambio, fija su atención y entusiasmo en un hombre de clase alta de nombre Alberto Rosas. En el siguiente fragmento de la obra, la protagonista reflexionará sobre su condición económica y la posibilidad de ascender en el estatus social:

Carmen contestó que sí, orgullosa de verse preferida por aquel joven tan elegante [que la invitaba a bailar].

—Esto es lo más natural —pensaba; no hay desigualdad entre nosotros; soy tan decente como él. Cuántas veces no habrá bailado con mi hermana Lola en las tertulias ruidosas del *Círculo Mercantil*.

¿Qué tengo yo de menos? ¡La ropa! ¡La ropa nada más! ¡No es justicia que solo por eso, es decir, por el dinero, ella aparezca superior a mí! (XXX)

Calandria en su afán de subir de estatus social, cree en las promesas de amor del supuesto pretendiente rico. Al final, se da cuenta del engaño de Alberto Rosas, pues sus pretensiones solo fueron aprovecharse de ella y disfrutar de su cuerpo; así que, cuando obtiene lo que quería, la abandona como si fuera un objeto inservible; entonces Carmen, al verse sola y sin ningún amor,

termina sobreviviendo como costurera y viviendo miserablemente. En su desesperación, se quita la vida.

La incapacidad en Carmen de conocer y aceptar los límites impuestos por su nacimiento, heredados por la vía materna, es decir, su aspiración de movilidad social, es una de las razones que, desde la perspectiva del autor, provocan el desenlace trágico y fatal de la novela (Sandoval 19-20).

Otra novela que da cuenta de la importancia que se le daba al atuendo, a embellecer el cuerpo y a tener un estilo de vida lleno de lujo y derroche, es *Luisa o San Luis Potosí*. En ésta se describe un suntuoso baile que se lleva a cabo en la ciudad de México, en la casa de uno de los hombres más opulentos de la sociedad. Un diálogo entre damas que asistían al baile, permite conocer cuáles eran sus intereses y preferencias:

—Querida, dijo Enriqueta a Hortensia, temí que no vinieras, porque te suponía apesadumbrada por la muerte de tu pequeño Anastasio; pero me alegro mucho de verte.

—¡Afligirme por la muerte de mi hijo! De ninguna manera. Antes me alegro que Dios se acordara de él y de mí, llevándole al cielo.

—No puedes figurarte las congojas que dan los chicos, las privaciones que causan; luego, cuando saben todos que alguna mujer tienen hijos, la creen vieja y no hacen caso de ella. Me moriría de rabia si un hijo me privara de mis diversiones y sobre todo de bailar, porque el baile es la única felicidad que hay en el mundo.

—Eso mismo digo, contestó Amalia, y si no me he resuelto a casar, es por temor que me infunden los hijos, aunque hay muchas muchachas que se casan y no los tienen.

—Yo, contestó Hortensia, no soy estéril pues ya he tenido un hijo que por fortuna se ha muerto; si vuelvo a tener otro he de llorar sin consuelo.

—Pues yo no quiero lidiar con muchachos, dijo Enriqueta, no me he decidido a casar hasta que encuentre marido a mi gusto, el cual debe ser como un Adonis; ha de tener quince años para lucirle, y a causar envidia con él a mis amigas y a las que no lo sean; ha de ser mansito y sufrido para que me deje ir a misa temprano y él se quede acostado; para que cuando haga mis visitas no me pregunte a donde voy, y para que cuando yo esté dormida tome al niño en brazos y le duerma paseándole. Debe también ser rico para que me traiga a moda y varíe de carruaje cada dos meses; para que me permita jugar en San Agustín de las Cuevas, y pasear en San Ángel; y finalmente para que sostenga tertulia en mi casa cada ocho días. (242-243)

Parecerían extremas e inverosímiles las aseveraciones de estas damas distinguidas de la alta sociedad; sin embargo, podríamos matizarlas con algunos textos moralistas publicados en la época, que a propósito de estas prácticas aluden a las buenas costumbres y externa esta preocupación por los valores sociales que tendían al consumo de la moda, fenómeno que fomenta el derroche, el endeudamiento, las malas costumbres y los sentimientos frívolos en las mujeres.

Algunos de estos textos hacen referencia al cómo las mujeres bellas, pero además banales, les interesaba poseer las prendas que las hicieran aún más bellas; no así las mujeres feas, quienes eran las ideales para el matrimonio, ya que entre sus aspiraciones no era cargar el cuerpo con suntuosidad, ni pedrerías ni costosos adornos. Otras ventajas de las mujeres feas, dicen los textos, era no tener que celar, ni tampoco tendrían que invertir mucho dinero en su atuendo. Por el contrario, la mujer bella:

Está en continuo toilette; quiebra veinte espejos a la semana, suscribe al marido a todos los periódicos de modas; no pega un botón, [...] aprende todas las lenguas sin saber las reglas de ninguna, desconoce la existencia de la aguja, pero va a lo teatros y baile, en donde malgasta la fortuna, y apenas es feliz cuando la modista le trae el vestido de baile y el marido el abono de los espectáculos de noche. (Quezada)

El lujo del día es excesivo, la moda todo lo absorbe, la vanidad de las mujeres es la ruina del matrimonio, hoy no se piensan más que en vestirse, no se parece a las de mi tiempo que se hacían un traje que les duraba toda la vida, por eso no se casan, porque no hay quien quiera cargar con esos gastos enormes de modista, zapatero, joyero; [...] hoy la moda es una monstruosidad, todo cuesta un sentido; la variedad de los trajes es una vorágine. (*El Monitor Republicano*, 26 ago. 1877)

Más allá de los textos

Estas obras y sus historias dan cuenta de la preocupación social en la época de finales del siglo XIX ante el consumo que ejercen las damas de élite, se sanciona como un vicio, como si los intereses de la mujer estuvieran vinculadas solo en su físico y no les importara el patrimonio familiar. Al leer estas líneas publicadas en *El Monitor Republicano* que demandan a la mujer tener control sobre la frivolidad del consumo de la moda, podemos interpretar que, en efecto, fue una constante de la sociedad decimonónica los escenarios donde la mujer exige un gran gasto a la economía familiar.

Por su parte, la novela nos permite identificar los valores y las preocupaciones morales que permeaban en la época. Dan cuenta de la vida privada, cómo se vivía en el interior de un hogar los sobresaltos económicos que ocasionaron la presión social por

el buen gusto, los estilos de vida ostentosos, que replicaban las sociedades latinoamericanas de los países europeos, en específico, de Francia; sobre todo, y muy en especial, en el consumo de la moda, que mantuvo a las mujeres en una continua guerra de vanidades, ya sea por distinguirse más, resaltar de entre varias o ser la mejor.

En las publicaciones periódicas, las crónicas de sociales alentaban este estilo de vida caracterizado por el afán de atender a la moda y su consumo, al ocasionar explícitamente con su adulante crónica sobre atuendos y escenarios de fiesta, la confrontación entre las damas, porque implícitamente estas narraciones generaban una competencia entre ellas. Al mismo tiempo, al destacar ellas en la publicación, también se distinguían los capitales de los esposos que de forma indirecta se veían reflejados en la vestimenta de la esposa halagada.

Blanca Sol es una dama de élite que invitaba a los cronistas de moda para que escribieran sobre sus eventos sociales, era una forma de acrecentar su fama de dama distinguida, hermosa, poderosa y a la moda. Si se realiza el ejercicio de comparar la narración de estos eventos en el contexto limeño de la novela con alguna crónica social de la ciudad de México de la misma época, se puede corroborar no únicamente el realismo de la obra, sino la identificación de la realidad que se vivía sobre este llamado vicio social.

Con el fin de ejemplificar lo anterior, este documento hace referencia al caso de un baile de fantasía —lo que era un baile de disfraces— que ofreció el ministro inglés Sir Spencer Saint John a la élite política de la ciudad de México en 1886 (Cázares 121-130). Este baile en específico se convirtió en un gran suceso, ya que la crónica social de los principales diarios, incluso diarios de otros estados de la República, lo describieron como “un antes y después” del baile en la

embajada inglesa, como un acontecimiento insólito. Algunos de los principales cronistas como *Juvenal* o *Titania*, narraron el baile en varias ediciones dominicales. Las crónicas describen el gran derroche de lujo y ostentación del baile; las damas que más sobresalieron fueron aquellas que encargaron sus disfraces a Francia con el diseñador más prestigiado de la época, Charles Frederick Worth.

En esas narraciones, se hace evidente la polémica que generaba la crónica social al describir más a una mujer que a otra, ya que las mismas crónicas deben hacer aclaraciones o justificaciones en las publicaciones posteriores. Por lo tanto, los textos publicados en los diarios como las referidas crónicas de sociales, refuerzan estos discursos de preocupación por los valores superfluos, pero a la vez, la incitación al consumo; generan una confrontación de valores morales en el que la moda se coloca en altísima estima.

Este discurso que permea en la época, consumo *versus* valores; exhibicionismo *versus* moral, lo representan en la narrativa realista literaria, en la crónica costumbrista y en los escritos periodísticos; también podríamos ubicarlo en otro tipo de fuentes, como los anuncios publicitarios. En éstos aparecen imágenes femeninas promoviendo productos para que crecieran los senos o adelgazar la figura, porque, “de nada servía un lindo rostro con un cuerpo engrosado o con senos pequeños” aludía la alocución persuasiva publicitaria.

En este trabajo se identifica la representación simbólica en los personajes femeninos contenidos en las cinco novelas referidas mediante el vestido como el vehículo que transforma el cuerpo, lo exhibe, lo hace atractivo para seducir. El vestido es el que tiene el poder, es el que vale, porque el cuerpo sin él no es nada, puede ser el cuerpo de cualquiera, sin ningún estatus ni jerarquía; es el vestido

de moda el que amenaza, que transgrede el orden social; el cuerpo, por su parte, se ve expuesto y condicionado a los efectos que ambos en su conjunto provocan.

Blanca Sol, a pesar de ser coqueta, nunca entregó su cuerpo, solo lo hizo cuando necesitó subir de estatus, el día que se casó. Pero después, ya con todo el lujo que tuvo a través de su indumentaria, tenía el poder de provocar y burlarse de todos aquellos que morían de amor por ella, que se veían seducidos por la encantadora mujer que vestía con suntuosidad. Ella tenía el control. Cuando el exceso por la demanda de consumir más vestuario que estuviera a la moda la llevó a la ruina, comenzó a sobrevivir de la venta de sus lujosos vestidos y, cuando ya no hubo uno para vender, no tuvo más remedio que entregar lo que detrás de la ostentación se encontraba, su cuerpo.

El caso de Carmen o Calandria es muy similar al de Blanca Sol: pensó que solo necesitaría de vestir elegantemente a la moda para alcanzar el reconocimiento de un hombre de élite; ya que en sus genes existía el abolengo, herencia del padre rico que no la reconoció. A diferencia de Blanca, que solo logró llamar la atención de un hombre cuya única pretensión era convertirla en su amante con la deshonra social que conllevaba. Calandria, al verse sin pareja, tuvo que sobrevivir con el oficio de costurera y, como esa ocupación laboral en la época era muy mal pagada, la miseria se instaura pronto en su vida; por ello, decidió envenenarse y acabar con ese cuerpo que tanto deseaba verse envuelto en el lujo de la moda.

Al igual que Calandria, Clara tenía un origen digno. Sus padres eran personas adineradas que vivían en un pueblo. Creía que el hecho de estar informada sobre las tendencias de la moda y consumirlas al llegar a la Ciudad de México estaría a la altura de las grandes damas capitalinas, podría escalar de estatus social casándose

con un hombre adinerado. Se preparó para recibir la visita de este pretendiente, acicaló cada uno de sus prendas con esmero, se decoró el rostro, en especial, se calzó con esos botines de cabritilla que la hacían verse más alta, más distinguida. De tal forma quiso deslindarse de sus orígenes indígenas al usar los artificios de la moda. Al igual que Calandria, lo único que alcanzó fue ver manchada su honra y regresar junto con su familia a su pueblo, entre inconsolables sollozos, con un cuerpo mancillado.

El caso de Marcela, la bella prostituta de la novela de Machado de Assis, es totalmente inverso a los otros casos; ella sí vivía de su cuerpo, lo utilizaba para conseguir un estilo de vida que la llenara de lujo. Sin embargo, la vida le dio un revés: la horrible enfermedad de la viruela desfiguraba su rostro y le provocaba en su piel una apariencia avejentada. La enseñanza de esta novela refleja que la mujeres inmersas en la vida material desembocaban en la decadencia moral. Sus cuerpos tarde o temprano pagaban las consecuencias de su codicia.

Conclusiones

La literatura, a través de los personajes femeninos, es capaz de revelar las aspiraciones sociales de mujeres como Clara, Calandria, Marcela y Blanca Sol, satisfacer sus deseos, consumir la moda de su época. Manifiesta cómo se les representa ancladas en un “vicio social” que las deslumbra.

Estos personajes comparten sus pretensiones en un contexto que las vuelve artífices de su propio destino y, al mismo tiempo, víctimas de falsos valores heredados de una sociedad que promueve el consumo de la suntuosidad y la vestimenta de moda, misma que solo se consigue teniendo altos recursos económicos. De tal modo

que, los hombres pudientes serán sus objetivos matrimoniales, medios para una vida de lujo y glamour.

Las prácticas de consumo reflejadas en estas mujeres de novela, replicadas en las fuentes históricas —ostentación, frivolidad, egoísmo—, constituyen las representaciones simbólicas de una época, inmersa en un discurso ambivalente entre la moral y el vicio social que significaba el derroche por el fenómeno de la moda. En esta confrontación entre moral y vicio, el cuerpo fue el que se vio beneficiado o victimizado, ya que fue adornado, adorado, sublimado; pero también padeció los efectos de la desesperación por no alcanzar los estilos de vida que demandaba la época y, a la postre, terminó siendo vejado, enfermo, prostituido y envenenado.

La moda, en tanto objeto cultural, genera un vínculo con la sociedad decimonónica que no es unidireccional: es el sujeto —individual o colectivo— quien le otorga valor y la reconfigura como representación de una realidad abstracta. Ese valor, por tanto, varía según los valores, las prácticas, las ideas y el contexto social de cada individuo o grupo. La teoría de las representaciones resulta así funcional para conferir sentido a las conductas y comprender una realidad desde su propio sistema de referencias; no implica solo ver un reflejo de la realidad, sino descifrar el conjunto de significantes que estructuran el contexto social e ideológico de una sociedad.

Obras citadas

Cabello de Carbonera, Mercedes. *Blanca Sol, novela social*. Imprenta y Librería del Universo de Carlos Prince, 1889. *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, www.cervantesvirtual.com/obra-visor/blanca-sol--0/html/ff1c3698-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html.

Cázares Castillo, Mónica. *Prácticas de intercambio y sociabilidad en las ciudades de México y San Luis Potosí a través de la moda femenina, 1870-1890*. Tesis de Maestría en Historia, El Colegio de San Luis, 2017.

Cuéllar, José Tomás de. *Los fuereños*. Presentación de Claudia Canales Ucha, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2021. *La Novela Corta. Una biblioteca virtual*, www.lanovelacorta.com.

Delgado, Rafael. *La Calandria*. Porrúa, 2006.

García, Ana Lidia. “Historia de las mujeres en el siglo XIX: algunos problemas metodológicos”. *Debates en torno a una metodología feminista*, compilado por Eli Bartra, UNAM-PUEG / UAM, 2002, pp. 199-228.

Giménez, Gilberto. *Teoría y análisis de la cultura*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2005.

Juvenal [seud.]. “Charla de los Domingos”. *El Monitor Republicano*, 11 ene. 1885.

---. “Charla de los Domingos”. *El Monitor Republicano*, 24 ene. 1886.

Machado de Assis, Joaquim Maria. *Memorias póstumas de Brás Cubas*. Sexto Piso, 2017.

Meza, Cristina. *El cuerpo femenino. Denuncia y apropiación en las representaciones de la mujer en textos latinoamericanos*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2010.

El Monitor Republicano, 26 ago. 1877.

Paula Palomo, Francisco de. *Luisa o San Luis Potosí desde 1858 hasta 1860*. Tip. Dávalos, 1865.

Peluffo, Ana. “Las trampas del naturalismo en Blanca Sol: prostitutas y costureras en el paisaje urbano de Mercedes Cabello de Carbonera”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 28, n.º 55, 2002, pp. 37-52. <https://doi.org/10.2307/4531200>.

Quezada, M. “La mujer fea”. *El Monitor Republicano*, 11 mayo 1871.

Sandoval, Adriana. “El costumbrismo de Rafael Delgado en *La Calandria*”. *Literatura Mexicana*, vol. 4, n.º 1, 2011, pp. 7-25. <https://doi.org/10.19130/iifl.litmex.4.1.1993.841>.

Sefchovich, Sara. *México: País de ideas, país de novelas*. Grijalbo, 1987.

Vargas Llosa, Mario. “La literatura y la vida”. *Lección de lectura*, SNTE, 2014, pp. 25-44.